

La mancha invisible

Renato Prada Oropeza

Para Efrén Ortiz

Al principio fue sentida en las periferias de la ciudad. Los barrios más desprotegidos —desprotegidos de todo: servicios urbanos, salubridad, seguridad...— se estremecieron al percibirla y, los vecinos más sensibles, se dirigieron al Palacio Municipal para manifestar su miedo. Las autoridades fingieron interesarse por lo que consideraban una falsa y risible alarma, propia de las clases sociales inseguras. Les ofrecieron algunas dádivas para tranquilizarles: unos paquetes de pan, botellas de leche, de Coca-Cola... Incluso les prometieron que en el próximo proyecto urbano se planificaría la solución de sus carencias que se hacían evidentes. Entre agradecidos e incrédulos, estos temerosos pobladores volvieron a sus cabañas y cobertizos. Para la noche, ya eran las primeras víctimas de la nueva experiencia: sus miserables vidas se disolvieron casi sin ofrecer ninguna resistencia.

Los periódicos apenas dieron noticias del hecho. ¿A quién iba a interesar que las zonas marginadas, despreciadas y vergonzosas para la dignidad de la ciudad, se sumieran de pronto ante lo inevitable? Después de todo ése era su destino. En el fondo, su aniquilación, tan rápida como silenciosa, constituía un alivio para las zonas ya urbanizadas, habitadas por la gente que diariamente cumplía con sus deberes laborales, acudía a los supermercados sin temer que los precios de los artículos que pensaban adquirir fueran inaccesibles para sus bolsillos.

Tres días transcurrieron sin mayores sobresaltos. Pero, al amanecer del cuarto, los condominios de edificios altos se vieron cubiertos de su presencia, presencia que no se delataba ni tan siquiera en una niebla fina, sino que era algo más sutil, denso y evidente a la vez. Se la sentía en el aire que en cautelosos respiros ingresaba a los pulmones como una niebla inodora y se trasparentaba en

un cierto e indefinible cambio de las miradas de las personas cuando los empleados salían de sus apartamentos con el fin de dirigirse a sus trabajos, o llevaban a sus hijos a la escuela las madres de familia; sus cuerpos se estremecían y, sin poder sostener la mirada de las personas que se cruzaban con ellas, regresaban rápidamente a sus apartamentos. Estaba allí, en los pasillos, en los elevadores, en los senderos de los raquíticos jardines. Algunos vecinos, los más intrépidos y cautelosos, se atrevieron a tomar sus teléfonos y denunciar su presencia a la policía, a los periódicos. Aunque, como es de suponer, no podían dar mayores precisiones sobre su naturaleza y envergadura.

En las calles reinó algo así como un pánico sordo, velado: los choferes de los autobuses de pronto detuvieron el motor de sus máquinas y, precipitadamente, regresaron a sus hogares con la vista clavada en el piso.

Si bien el caos vial y el entorpecimiento en las aceras de las calles era evidente, la situación no parecía ser sino algo transitorio, producto de una confusión colectiva de un sector de la población y que pasaría como un temporal de otoño.

Los periódicos tuvieron que imprimir una especie de volantes en los que se informaba sobre una conducta “un tanto inexplicable” de un sector de la población que, al no responder a “una causa racional”, debía desaparecer sin duda en el transcurso de unas horas. Todos ellos llamaban a la cordura y sensatez a las capas medias y altas de la ciudad para tomar el control de ella, como siempre lo habían estado haciendo.

Las escuelas y colegios particulares, ante la ausencia, no significativa por cierto, de su personal y de algunos alumnos, declararon un asueto pedagógico.



Lebbeus Woods, Lower Manhattan

La policía organizó rondas especiales para detener a cualquier sospechoso de inducir a esa conducta antisocial; pero, en las avenidas y parques de los barrios de la gente bien que patrullaron no se manifestó ese día nada anormal. El Presidente Municipal ofreció un breve comunicado por la televisión estatal para minimizar el asunto, que lo calificó de “conducta social extraña”, una especie de reacción instintiva, carente de una causa a la que se pondría fin con energía y firmeza. Para evitar que el fenómeno “pasajero y fútil”, tuviera oportunidad de propagarse a las capas más representativas de la ciudad, decretó el día feriado, con “suspensión de las actividades públicas y privadas”. Esta medida no sólo pareció sensata, prudente, sino incluso agradable, pues así la gente bien podía dedicarse a una expansión sana y decente, que distendería los ánimos, aunque, en realidad, en los barrios de las casas con jardines exteriores, con amplias cocheras, en los edificios de condominios exclusivos y en los palacios dedicados a las oficinas gubernamentales, apenas había ocasionado unos comentarios despectivos, gestos de labios fruncidos, ante lo que no tardó en califi-

carse de actitudes irracionales, supersticiosas, puesto que nadie había podido definir la naturaleza de la causa que los obligaba a encerrarse, de súbito y sin ninguna prevención, en sus cuartos, temblando de miedo ante algo que no se podía decir si realmente existía.

Al día siguiente de este reconfortante e inesperado descanso, resultó que también la extraña situación se hizo presente hasta en las mansiones más lujosas y tradicionalmente dignas de la ciudad, pues la servidumbre se negaba a salir de sus cuartos y, ante el requerimiento de sus patrones, apenas musitaban frases entrecortadas que expresaban un miedo inexplicable para enfrentar los hechos cotidianos. También los choferes de los autos lujosos de pronto se habían desvanecido y no se presentaron a la hora en que debían trasladar a sus patrones como lo hacían habitualmente. Sin embargo, los hombres y las mujeres que sabían conducir sus coches, casi todos ellos en ayunas, decidieron trasladarse a sus oficinas, para no dar ni siquiera la sospecha de que también sucumbían a ese pánico opaco, sordo y ciego. La gente respetable y bien no tiene por qué ser víctima de las creencias propias de la prehistoria o a lo sumo del Medioevo.

Al comienzo, en el trayecto de sus recorridos, encontraron una especie de apoyo a su valiente y decidida actitud al constatar que los semáforos funcionaban perfectamente, y que otros coches, conducidos también por gente con rostro sereno y hasta feliz se les cruzaban sin mayores problemas.

No obstante, conforme se iban aproximando a sus destinos, empezaron a percibir una extraña e inexplicable cualidad en el ambiente que cruzaban. Sus reacciones automáticas para manejar los coches que conducían les empezaron a traicionar. Varios vehículos, con movimientos súbitos e impredecibles dieron contra los avisos de tránsito o el primer árbol que se ubicaba en el camellón que dividía las amplias avenidas. Algunos, al invadir el carril vecino o pasarse un semáforo en rojo, se estrellaron contra el coche que estaba en su camino sin poder evitarlo.

Estos accidentes obligaron a sus conductores a detenerse, los cuales descendieron un tanto desconcertados de sus coches; y apenas atinaron a abrir la boca, pues la extraña sensación ya se había apoderado de ellos.

El centro de la ciudad también empezó a vaciarse de los pocos transeúntes que habían llegado antes. Éstos y los policías que habían interrumpido sus rondas se apresuraron a esconderse en el primer rincón que les ofreciera un incauto y precario refugio.

Y así la ciudad se fue sumiendo, finalmente, en el pantano gris, fangoso y áspero que convertía a la humanidad en un páramo sin horizontes ni esperanzas. El dominio de la penumbra gris se había impuesto y ocupaba todo lo que antes se había presentado como algo distinto, digno de ser vivido. **U**